





Para Victoria, siempre.  
Y para Emma y Valeria, también siempre.

©Quitze Fernández Bonilla

©Carlos Vélez Aguilera

©Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

© Secretaría de Cultura de Coahuila

Bulevar Venustiano Carranza #1569

C.P. 25280

República Poniente

Texto: Quitze Fernández Bonilla

Ilustración: Carlos Vélez Aguilera

Asesoría: Carlos Manuel Valdés Dávila


Diseño editorial: Florentino Durón Gómez ([www.amonite.com.mx](http://www.amonite.com.mx))

Edición e investigación: Alejandro Beltrán

ISBN:

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2019



A la memoria de todas las naciones exterminadas que caminaron  
por donde nosotros caminamos ahora  
y que su historia y resistencia se encuentra contada en las piedras,  
en las cenizas y en los archivos.  
Para ellas toda la dignidad, todo nuestro respeto.



El otoño estaba llegando al desierto y mi hermana Jamé sería la próxima niña de la nación en convertirse en mujer.


Mamá había platicado que ese momento llegaría, y mi hermana, emocionada, contaba cada noche el número de lunas llenas para calcular el día y la hora en que su cuerpo empezaría a cambiar.

Primero un pequeño hilo rojo saldría de su cuerpo, y así una vez al mes podría tener la oportunidad de también ser mamá, como nuestra mamá.



No todo era tan sencillo como sentarse a esperar a que pasara el tiempo. Habría que conseguir comida y pasar frío, por eso caminábamos entre ramas secas, un piso duro color blanco y un aire que a veces traía olor a tierra mojada.

Ya el viento soplaba seco y las semillas de los magueyes flotaban por encima de las ramas de mezquite.

A painting depicting a person in a desert landscape. The person, wearing a brown tunic and skirt, stands on a sandy dune with their arms raised towards a green, starry sky. In the foreground, a large, dark brown tortoise shell is partially buried in the sand, showing its intricate patterns. The background features rolling sand dunes and a few cacti under a vibrant green sky filled with small white stars.

Ya las tortugas hacían pozos en la tierra para soñar con una enorme mancha de agua parecida al cielo; mancha que sólo los chamanes habían imaginado cuando alzaban sus manos para pedir lluvia y comida a los dioses.



Como cada año, cruzábamos el desierto para ir a la región de las lagunas: un lugar lejano, lleno de agua de lluvia que escurría de las montañas, donde nadaban peces y otras naciones diferentes a la de nosotros convivían en paz para poder comer, igual como lo hacíamos en los tunales durante el verano.

Había que cargar con lo poco que teníamos para llegar ahí: arcos, flechas, lanzas, cuchillos; agua en bolsas de piel de venado y pan que nuestros padres preparaban con una masa hecha de miel y vainas de mezquite molidas. La cocían en la ceniza de las fogatas y nos duraba semanas.

Las más pequeñas salíamos con nuestras madres a recoger ramas secas para encender el fuego, buscar raíces o insectos para comer: éramos recolectoras.

Los días eran muy felices. Las niñas casi siempre estábamos jugando con lo que encontrábamos.

A veces nos perseguíamos escondiéndonos entre las ramas.

A veces nos ocultábamos tan bien que nuestras madres se ponían nerviosas por no encontrarnos.

A veces hacíamos música con palos y piedras que había en el piso.

Y cantábamos y bailábamos aunque no hubiera tanta comida.

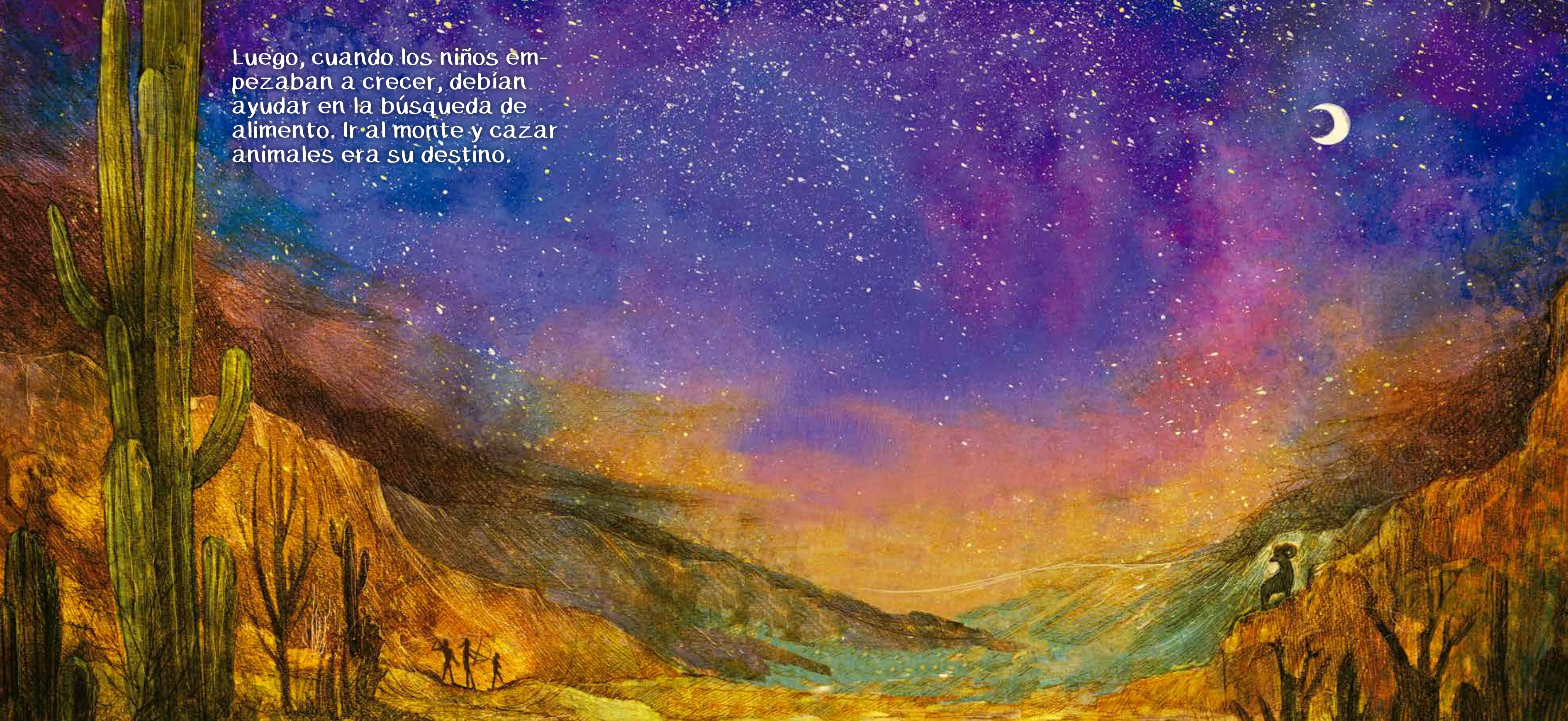







Los abuelos enseñaban a cazar a los niños con pequeños arcos que les hacían con raíces de mezquite. Su deber era protegernos y buscar comida.

Luego, cuando los niños empezaban a crecer, debían ayudar en la búsqueda de alimento. Ir al monte y cazar animales era su destino.





El mezquite era la base de nuestra alimentación, por eso podríamos llamarnos niños del mezquite.


Esos árboles siempre nos daban de comer.



Cuando llegamos a La Laguna nos encontramos con otras naciones que habían llegado ahí por la misma razón que nosotros: era el único lugar donde había comida suficiente para pasar el invierno. Los animales llegaban a tomar agua y había peces y patos para todos.

A nosotros nos llaman Cuachichiles porque los mayores se pintan el cabello, la cara y el cuerpo de un color rojo que sacan moliendo hojas de mezquite y algunas plantas, por eso mi hermana quiere ser considerada una mujer para poder adornarse como ellos.



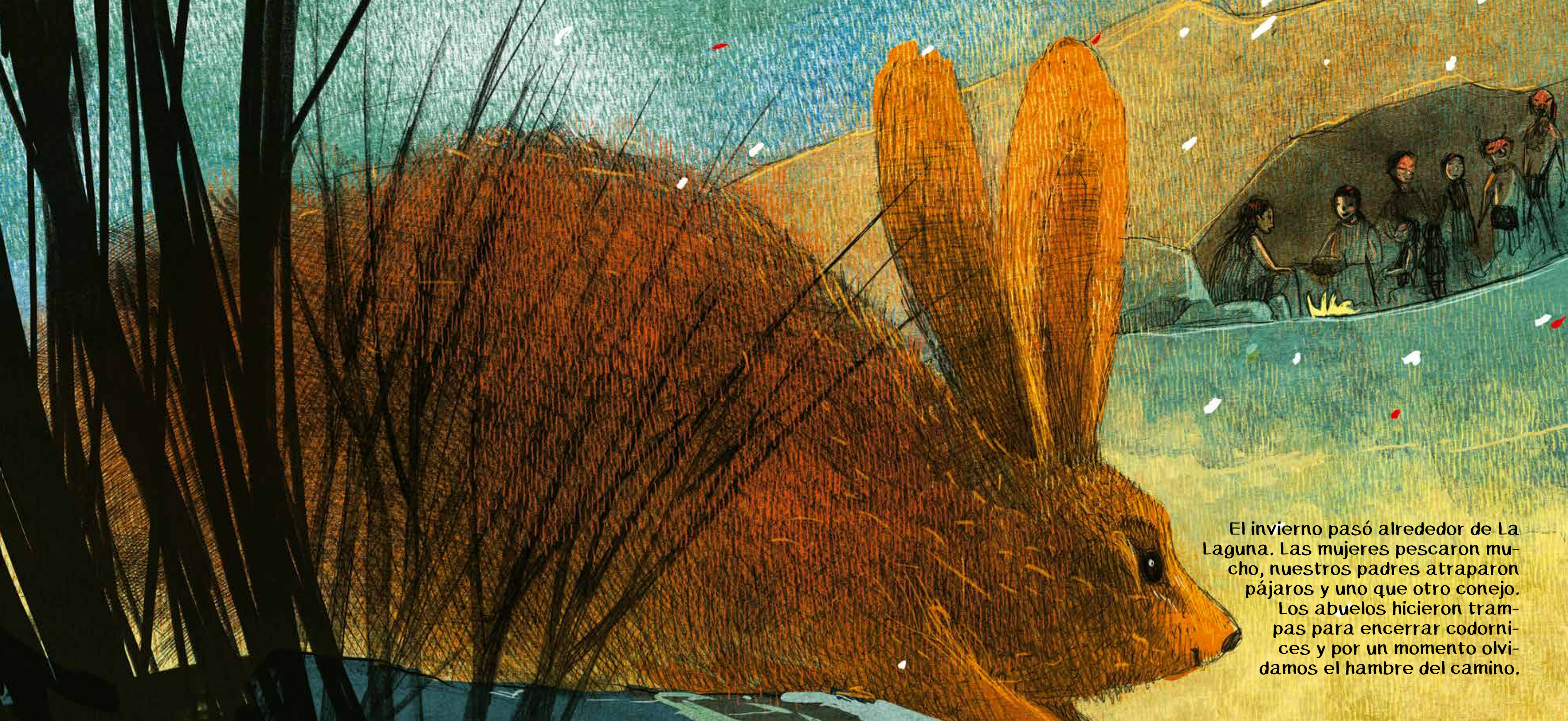
An artistic illustration of a woman with long dark hair, seen from the back, standing waist-deep in a body of water. She holds a glowing torch that casts a warm light. The water is depicted with vibrant, horizontal brushstrokes in shades of blue, purple, and orange. In the background, a large, bright yellow moon hangs in a dark, starry night sky. The overall style is painterly and evocative.

Como nuestra madre y el grupo de 20 personas a la que pertenezco, entre los que se encuentra mi padre, cuatro niños más y mi hermana, sabían que era necesario aprender a sobrevivir ahora que se convertiría en mujer, en esa visita la enseñaron a pescar y tuvo que meterse al agua en la noche, acompañada de una antorcha. A esa hora los peces observaban la luna muy pegados a la superficie y era fácil atraparlos.

Aunque hiciera frío, Jamé tuvo que entrar al agua y con un canasto de fibras de maguey atrapó peces para todos, como lo hacen las mujeres mientras los hombres preparan sus puntas de flecha elaboradas con una piedra especial.



Otras naciones, como los Irritilas o Laguneros, preparaban pequeñas trampas en el agua fabricadas de madera y raíces. Ellos eran mitad hombres, mitad peces, y pescaban mejor que nosotros.



El invierno pasó alrededor de La Laguna. Las mujeres pescaron mucho, nuestros padres atraparon pájaros y uno que otro conejo. Los abuelos hicieron trampas para encerrar codornices y por un momento olvidamos el hambre del camino.



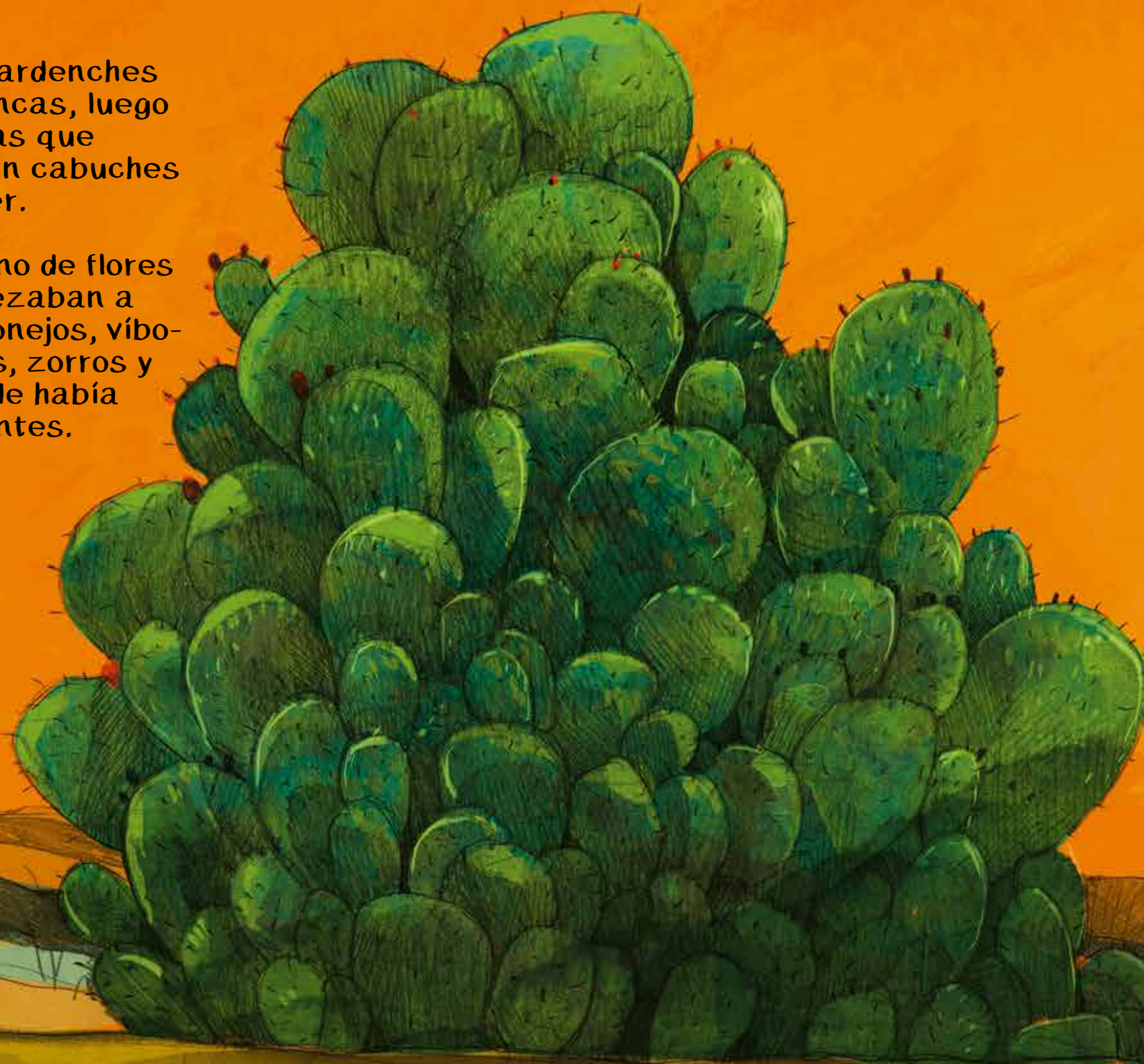
Una luna distinta alumbró la noche.  
Una de las abuelas le dijo a Jamé  
que su día estaba por llegar y dis-  
frutara de sus últimos momentos  
de infancia.

Y muy temprano, todavía una nube  
flotaba por encima de La Laguna y  
nos cubría a todas las naciones ahí  
reunidas, tomamos nuestras pocas  
cosas y caminamos rumbo al sures-  
te a buscar más comida y un clima  
menos caliente que el de esa región.



De las biznagas y cardenches brotaban flores blancas, luego unas pequeñas tunas que los grandes llamaban cabuches y servían para comer.

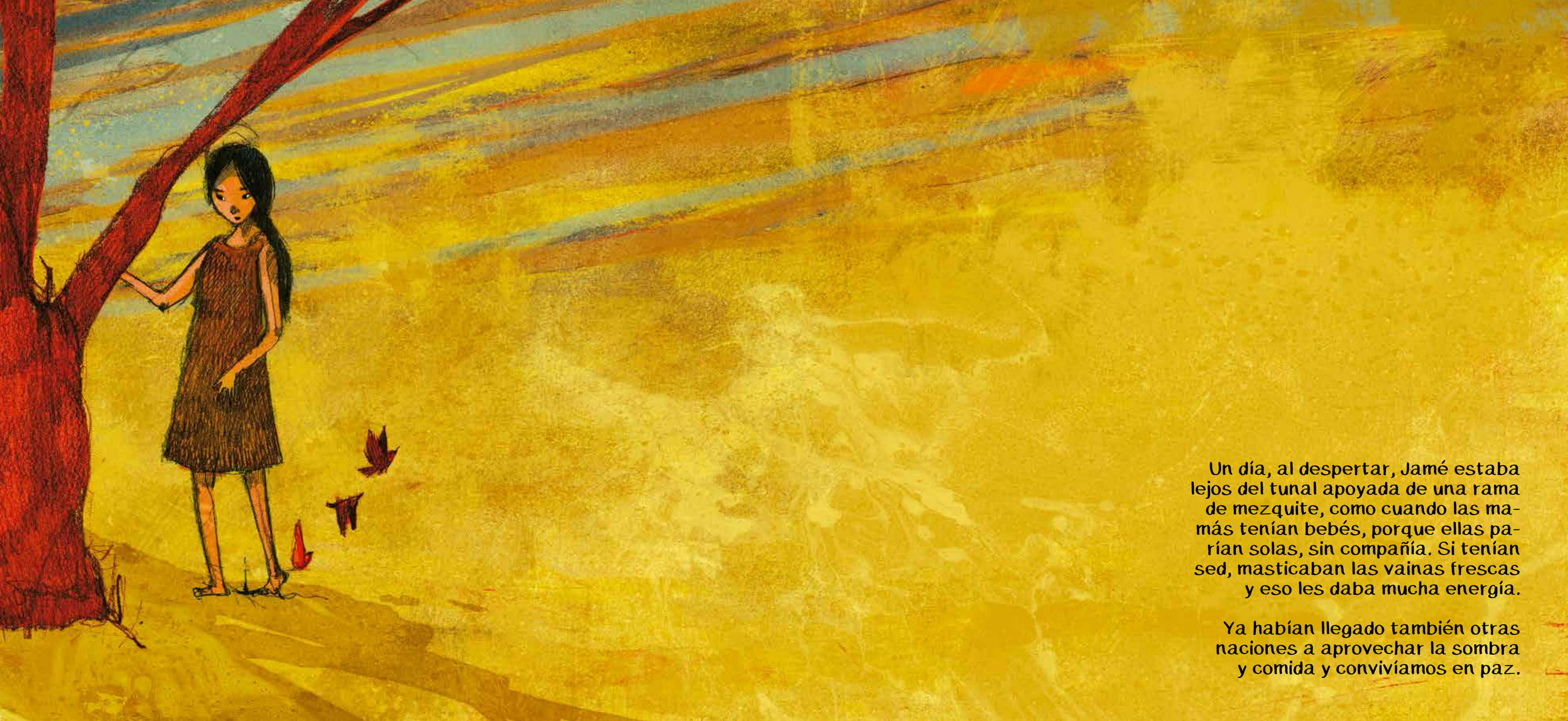
El camino estaba lleno de flores y animales que empezaban a despertar del frío: conejos, víboras, coyotes, tejones, zorros y caminábamos a donde había osos, jabalíes y bisontes.



Después de varios días llegamos a un tunal. Era **enooooorme** y hasta nos daba sombra. Cuando era de noche, los cazadores y sus hijos se sentaban alrededor de una fogata y comían las tunas frescas que pelaban con las manos, a veces ayudados de un cuchillo de piedra, mientras los ancianos contaban historias sobre sus antepasados.

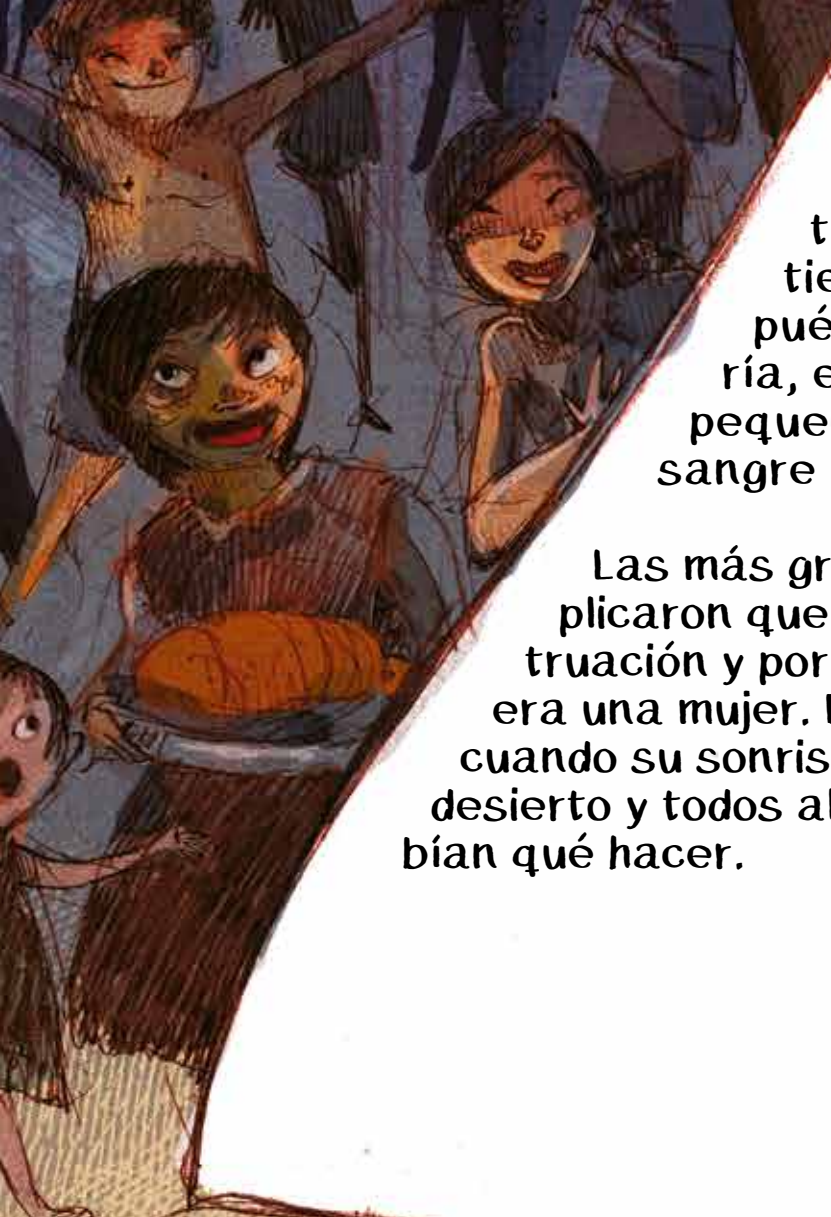
Lo más rico era la cáscara que aventaban a la lumbre para que se cociera y la comían caliente.

A esa hora, nosotras pensábamos qué caminos pisar al otro día, donde pudiera haber insectos, cabuches o ramas secas que el invierno hubiera dejado para preparar el fuego.




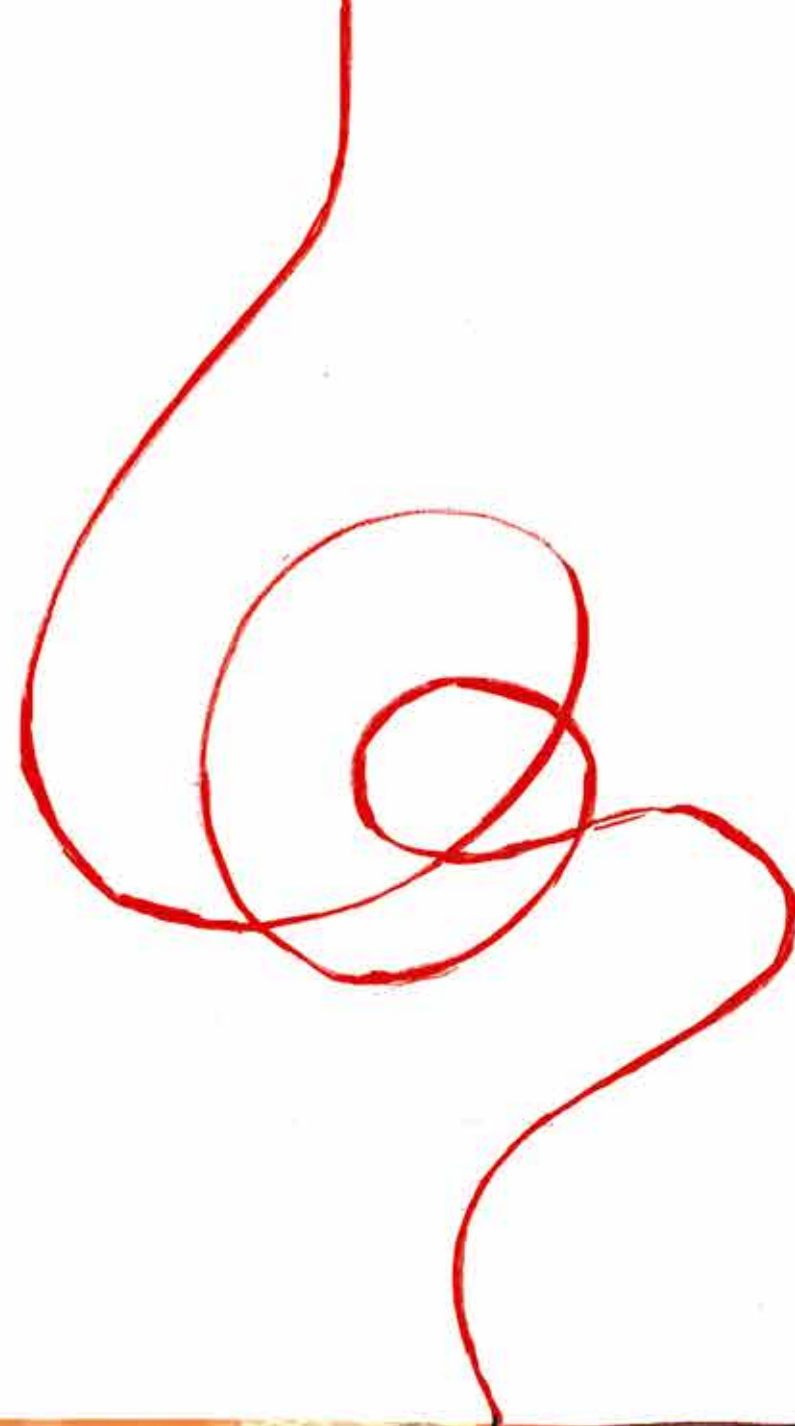
Un día, al despertar, Jamé estaba lejos del tunal apoyada de una rama de mezquite, como cuando las mamás tenían bebés, porque ellas parían solas, sin compañía. Si tenían sed, masticaban las vainas frescas y eso les daba mucha energía.

Ya habían llegado también otras naciones a aprovechar la sombra y comida y convivíamos en paz.



Me pareció  
verla asus-  
tada porque,  
tiempo des-  
pués lo conta-  
ría, encontró un  
pequeño hilo de  
sangre en su falda.

Las más grandes le ex-  
plicaron que era mens-  
truación y por lo tanto ya  
era una mujer. Fue entonces  
cuando su sonrisa alumbró el  
desierto y todos alrededor sa-  
bían qué hacer.



Las mujeres le col-  
garían collares a mi  
hermana y le pintarían  
el cabello; después la  
cara, los brazos y los  
hombres irían a cazar y  
a recolectar agua dulce de  
los magueyes para hacer una  
fiesta que llamábamos mitote.

En los mitotes todos cantába-  
mos, bailábamos y pedíamos  
a los dioses salud para nuestros pa-  
pás y ellos para nosotros.



Y ahora que el atardecer del desierto está cayendo sobre nosotros, me quedé pensando que en cinco o seis años, según la intensidad de las lunas, a mí también me harán un mitote y alguien más contará mi historia.

